

Padre Joseph Wresinski.

**LA CARIDAD EN EL CUARTO MUNDO:
UN PROYECTO POR CONSTRUIR**

*Extracto del libro «Los pobres, encuentro con el Dios verdadero», Joseph Wresinski,
Ediciones Le Cerf, 1986; 2ª edición 2005, páginas 43 a 59.*

Una pareja desposeída de su amor

Fe, esperanza y caridad en el Cuarto Mundo: parece ser que nuestra meditación nos conduce a lo más profundo de lo que tal vez sea el desierto humano, al tiempo que nos desvela lo que la humanidad puede revelar de más maravilloso sobre la presencia de Dios en el mundo.

Hemos buscado la fe y hemos encontrado sus primeros pasos en el fondo de una existencia devastada. Ya nada parecía permitir a las personas tener confianza en nadie y, sin embargo, tímidamente, brota como una flor que se negara a morir, que floreciese de nuevo obstinadamente en medio del desierto.

Hemos buscado la esperanza y no la hemos encontrado, pero hemos encontrado algo parecido a un deseo soterrado en este eterno reinicio que representan estas vidas, en la esperanza sin sentido puesta en cada nuevo encuentro, en su rechazo encarnizado a renunciar a su dignidad.

Sabemos, porque nuestra fe nos lo indica, que en esto radica el misterio que no merecemos entender: que más allá de todo desaliento, de toda desesperación, Dios habla a estas personas, se dirige a ellas en particular, y que nuestra esperanza no puede sino ayudar a hacer que la suya brote.

Nuestra meditación nos permite entrever los abismos que hemos creado cuando permitimos que la miseria perdure y nos revela la respuesta de Dios que no es otra que colmarlos, querer que precisamente sea en ellos donde se asienten los fundamentos del Reino. Nuestra meditación nos revela la llamada de Dios a bajar hasta los abismos para participar de su obra. Pero aún no hemos llegado al final de nuestra iniciativa. Nos falta aún buscar, en el Cuarto Mundo, lo que San Pablo llamaba la mayor de las tres virtudes, la caridad.

La historia de la familia Armand es una de esas historias que no se cuentan. No tanto porque sea diferente en esencia de la de otras familias del Cuarto Mundo, sino porque entre las desgracias que conforman la trama de la vida de las personas que viven en situación de pobreza extrema, los Armand parecen acumular aquellas que pueden provocar un mayor sensacionalismo. Y no es correcto contar historias sensacionalistas sobre la miseria, pues al provocarnos emoción y parecernos muy excepcionales, no nos incitan a interiorizar con mayor profundidad la condición de las personas que la sufren.

Si os propongo que situemos a la familia Armand en el centro de nuestra meditación, es porque esta familia estaba ahí, en mi camino.

Vayamos a la casa de la familia Armand. La madre está ahí. Esta madre cuya presencia ha terminado por impacientarme porque, desde hace quince años está ahí, paciente, inmutable y al mismo tiempo astuta y segura de sí misma. «Padre, ya no nos queda nada en casa, espero el día de cobro, no podría usted prestarme veinte francos...»

Una vez más estaba ahí, el otro día, a la puerta de mi oficina. Y ese día al verla me ha parecido ver la síntesis de todas esas madres del Cuarto Mundo, resistentes, perseverantes, resignadas, que extienden la mano en la que nos mandan la eterna nota: «Padre, espero el día de cobro», «padre, espero y ya no queda nada en casa...» La Sra. Armand, el otro día, representaba bien la síntesis de todas ellas, y su historia, aparentemente excepcional, no hace sino resumir todas las otras. Entonces, me he preguntado lo que los Armand tendrían que decirme sobre la caridad.

De la Sra. Armand se dicen demasiadas cosas, que tiraniza a su marido inválido, que no le cuida cuando las crisis de asma lo asfixian y que el hombre ya no come. Se dice que encierra y se apropia de su hijo, obligándole, con quince años, a vivir metido entre sus faldas convirtiéndole en una persona completamente imbécil. También se dice que es egoísta y que nunca se preocupa por las desgracias de sus vecinos, que es excesivamente golosa, mujer glotona, mientras que los medios con los que cuenta la familia son demasiado escasos como para permitirse la menor extravagancia. Por último, me consta que se dice, hay que perdonarla porque es infantil y, tal vez, retrasada mental.

Se dice todo esto y el otro día me he parado a pensar sobre todo lo que yo sabía sobre la familia, sobre esta madre en la que parece difícil, a primera vista, descubrir signos de caridad. La Sra. Armand, esta mujer enorme de cincuenta y tres años, era una chiquilla flaca que crecía con su abuela en la región de Charente. Su padre, peón agrícola y después trabajador temporal en fábricas, no tenía lo necesario para alimentar a sus ocho hijos y dejará a la pequeña Renée

con su propia madre, que aceptará criarla a cambio de algunos servicios. Así, desde los seis años la niña tendrá derecho a una existencia gracias a los servicios que presta a cambio. Hace recados, cuida de las cabras, limpia la casucha de su abuela. La escuela del pueblo está lejos y prácticamente no asistirá.

A los doce años su madre vendrá a buscarla. Esta vez el trabajo va a comenzar en serio. Renée ingresa como interna en una granja donde gana un poco de dinero para sus padres. Pero el granjero intentará abusar de ella y su situación es tan sumamente desdichada que se fuga y regresa a casa de su abuela donde permanecerá hasta los dieciocho años. Aunque la existencia sigue siendo dura, este será, sin embargo el periodo más dulce de su vida. «Mi abuela no era mala persona», cuenta hoy día la Sra. Armand. Esto es, desde su perspectiva, un gran mérito. Desde entonces, y durante mucho tiempo, no conocerá a nadie que no sea malvado con ella.

A los dieciocho años, regresa a casa de sus padres para ayudar a criar a sus hermanas y hermanos. La familia vive en Ivry, el padre ya no trabaja, pero Renée no es muy espabilada, su inteligencia no se ha desarrollado apenas, al vivir en compañía de una vieja mujer impotente en una apartada zona rural donde no ha jugado nunca con otras niñas y niños. Su madre le grita todo el día. Finalmente, su madre la empuja a casarse con un hombre diecisiete años mayor que ella, bebedor pero que trabaja habitualmente y es susceptible de contribuir a la subsistencia familiar. Renée cede ante la presión de su madre. Sabe desde siempre que es necesario, de un modo u otro, negociar su existencia.

Actualmente la Sra. Armand ha eliminado todo recuerdo de los años siguientes, entre el marido que la maltrata, la madre que la insulta y los hijos que nacen, se embrutece, cierra su espíritu. Simplemente intenta sobrevivir. Habla muy raras veces de aquel tiempo y, cuando lo hace, es con tal frialdad que nos corta la respiración. «Por las tardes, bebía y volvía tarde. En ocasiones, sostenía el hacha en la mano. Me agarraba. Mi madre le dejaba hacer. Una tarde, subió a reparar el tejado y se cayó. El viejo se quedó rígido y muerto.»

Cinco de sus seis hijos ya le habían sido retirados por la Asistencia Pública y la Sra. Armand nunca pronuncia sus nombres. Cuando debe facilitar sus datos para el registro civil, se hace un lío y se niega a dar sus nombres y fechas de nacimiento. Un día, ante un formulario nos dirá: «No es necesario incluirlos, pues nunca conocerán a su madre.» De este primer matrimonio solo pudo conservar una hija, la menor, Ginette, una niña preciosa pero epiléptica. Para la madre todo transcurre como si fuera su primera y única hija.

Liberada del marido, la Sra. Armand huye finalmente del control de su madre y se instala con su bebé en una buhardilla. Al no estar acostumbrada a la

soledad, pronto se siente desamparada y quiere encontrar pareja. Habla con su vecina que le presenta a su hermano, un hombre dulce, como no hay otro, un poco retrasado, según las habladurías.

No es sorprendente, puesto que es hijo de padres consanguíneos, como sucede en ambientes muy pobres. En una pequeña y deteriorada granja, en lo más profundo del medio rural normando, una de las niñas no pudo protegerse de su hermano alcohólico y pasó lo que tenía que pasar. Tras el nacimiento de Étienne, la joven madre que no se atrevía a confesar quién era el padre, huye a París. Tan solo tenía diecisiete años, termina en la Asistencia Pública que la coloca como ayudante del Hospital *Hôtel-Dieu*. Pronto tuvo un segundo hijo y al no poder ganar lo suficiente para cubrir las necesidades de la familia, internará a los niños en domicilios privados y en granjas.

Étienne Armand, también sabe, desde su más tierna infancia, que para poder vivir hay que ser útil. Hace todo lo posible, pero con una salud frágil y sin fuerza física no es más que una boca que está de más en la granja y a los quince años se le envía de regreso con su madre. «Me hubiera gustado aprender un oficio», nos dice un día, «pero, qué quiere usted, no me mandaron a la escuela. No aprendí a leer hasta el servicio militar».

¡Oh, sorpresa!, el niño endeble es reclutado y participa en la guerra, en la que le harán prisionero. Todo es relativo en la vida, para Étienne Armand esto sigue siendo un recuerdo feliz. «Allí todos éramos los mismos, éramos por así decirlo, iguales», dirá al hablar de este periodo. Sin embargo no salió indemne puesto que al volver de su cautiverio, se le hospitaliza inmediatamente por depresión nerviosa. Como padece una bronquitis crónica, tiene derecho a recibir una pensión de 150 francos al mes. Estos 150 francos será todo lo que tendrá como ingresos económicos asegurados durante mucho tiempo. Puesto que desde el punto de vista profesional, «las cosas no son muy diferentes de antes de la guerra», como él dice.

Pero esta situación no impide a Renée tomarlo por esposo. Esta vez, ha sido ella misma la que ha elegido a su pareja y no se retractará nunca de esa elección. «Era bueno con mi hija, y conmigo también.» Por primera vez, desde el tiempo en que vivía con su abuela, alguien vuelve a ser, de nuevo, bueno con ella. De este modo dos existencias en la miseria se unen y no forman más que una.

La miseria sigue siendo la misma y pronto corroerá los vínculos que unen a estos dos seres indefensos. Una hija, Denise, nace en la buhardilla, pero eso resulta excesivo a ojos del propietario que les expulsa sin contemplaciones: «Encontramos nuestras cosas delante de la puerta...» Entonces, pasan de una chabola a una tienda de campaña y la familia acaba en un «barrio de viviendas

sociales de urgencia». Esto habría estado bien si los padres de Renée no se hubieran encontrado también sin domicilio por lo que ofrecen un poco de dinero a la familia Armand para alojarse en la minúscula vivienda de uralita. La familia Armand acepta y el infierno comienza de nuevo. Bebida, insultos y peleas vuelven a convertirse en el pan de cada día y el Sr. Armand, asqueado también, se pone a beber. Un día que Renée y Étienne habían salido, el abuelo, borracho, pone el cochecito del recién nacido en el patio, a pleno sol. Al día siguiente, la pequeña Jeanne está enferma y muere poco tiempo después de una meningitis. Los padres, enloquecidos no la llevaron al hospital ni avisaron al médico. Pasaron el tiempo peleándose con los abuelos y expulsándoles de allí.

Por segunda vez, Renée ve cómo su familia se fragmenta a su alrededor. A la pareja le retiran la patria potestad y Ginette y Denise se convierten en huérfanas tuteladas por el Estado. Un extraño silencio invade el hogar, Renée y Étienne, que pensábamos que estaban hechos para entenderse, para respetarse y amarse, se dejan de hablar. Cada uno está como encerrado definitivamente en su propio sufrimiento, aislado del otro y también aislado del mundo exterior. A partir de ahora se conocerá a la familia Armand en el vecindario como los que no ayudan nunca a nadie, y con razón...

Puesto que cuando el bebé murió en medio de los gritos y las peleas de los padres, fueron los vecinos los que fueron a avisar a la policía, el Sr. Armand no lo olvidará nunca y no recuerdo haberlo encontrado una sola vez sin que me dijera: «Yo, me ocupo de mí, los vecinos ya no me interesan», o también: «Yo me quedo en mi casa y si todo el mundo hiciera lo mismo, habría menos desgracias». En ocasiones añade: «Me han hecho demasiado daño. ¡Ah!, ¡si usted supiera todo el daño que me han hecho!» Este hombre tan dulce, no tendrá para los vecinos más que palabras duras. Ya no recibe a nadie, se va días enteros solo, en su bicicleta, a buscar un poco de chatarra para sobrevivir.

Esta pareja sumida en la soledad tiene un último hijo, un varón: Antoine. La madre se apropia de él, lo vigila, no le deja salir, lo viste durante mucho tiempo como si fuera una niña, dejándole crecer el cabello, poniéndole vestiditos preciosos.

El padre también se aferra al niño, pero se siente desesperadamente inútil. No encuentra trabajo y su pensión es ridícula, mientras que la madre, encuentra un trabajo como obrera, después como señora de la limpieza. Incluso cuando está desempleada, cobra más que su marido.

Él se acostumbra a cocinar, a limpiar la casa. Pero para él es una humillación permanente que le hace huir de casa en cuanto puede. Va dando vueltas por los alrededores, rebusca en la basura y sin embargo se mueve como

en un vacío. El domingo, se deja encerrar en casa. Su mujer se lleva la llave cuando sale con su hijo.

Al ver cómo viven, no queda nada de la comprensión y del amor que había podido nacer antes entre estos dos seres que se habían conocido en una buhardilla de París. Sus corazones parecen secos y la soledad lo ha invadido todo. Entonces, a nosotros que queríamos meditar sobre la caridad en el Cuarto Mundo, ¿qué puede enseñarnos este hogar reducido, aparentemente sin vida y sin amor? ¿Es necesario sencillamente concluir que la miseria mata el amor humano y que el amor transfigurado que llamamos caridad no puede existir para el Cuarto Mundo?

La caridad, un proyecto

Es cierto, y no lo diremos suficientes veces, que la miseria es lo contrario de la caridad. Elogiar la solidaridad, la amistad, el hecho de compartir que realizan los pobres sin llegar al fondo del asunto, puede inducirnos a error, y el riesgo del error, aquí, nos parece particularmente mal traído e incluso difícil de excusar. Puesto que si la existencia de la miseria es nuestro pecado más grave, el que sintetiza todos los demás, lo es porque al despojar a la persona de su justa parte, al expulsarles hacia los caminos de los márgenes de nuestras ciudades, al hundirlos en la angustia, el miedo, la inutilidad y la vergüenza, desfiguramos a este ser humano que ha sido creado a «imagen de Dios» pues ahogamos en él sus capacidades y le privamos de la posibilidad de vivir la caridad. Así, no puede ni integrarla en su espíritu ni en su corazón, ni adoptarla en su vida. En definitiva, le impedimos amar.

La caridad, ¿no es, al mismo tiempo, un estado del alma y un proyecto de vida? La caridad es, en primer lugar, amar a Dios. Después de haberle esperado y de haber creído en Él, amarlo. Ya sabemos en qué medida la fe y la esperanza parecen fuera del alcance de quienes nacen y viven en el Cuarto Mundo y, sin embargo, también a ellos se les ha dicho: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas⁹».

Luego la caridad es amar a la otra persona, a todas las demás, incluso a las que no representan ningún interés temporal para nosotros o cuyos intereses temporales parecen contrarios a los nuestros. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo¹⁰.»

⁹ Mc 12,30 *en Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1450, y Mt 22, 39 *en Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1421 citando Dt 6,5 *en Biblia de Jerusalén*, o.c pág 199.

¹⁰ Mc 12,31 *en Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1450, y Mt 22, 39 *en Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1421.

Amar a Dios, amar al prójimo, dos mandamientos que no son más que uno y que resumen toda la caridad. Estos mandamientos nos dicen que Dios para nosotros debe ser el comienzo y el fin de todo y que debemos tratar a todas las personas como iguales. Así, la caridad representa una gran empresa que se realiza con el tiempo, a través de las contingencias siempre cambiantes de la existencia y a través de lo que unas personas y otras portamos como fuerzas y debilidades de nuestra personalidad.

Esta empresa que es el amor cristiano supone muchas cosas y, sobre todo, la libertad de elección. El amor que confía y que espera no se fuerza, es un acto libre.

«Él nos amó primero¹¹», dice San Juan, el mismo Cristo nos recuerda: «yo os he elegido a vosotros¹²». Siguiendo su ejemplo, cada uno de nosotros, al amar al prójimo, realiza un acto libre, una elección. Incluso si este acto es la respuesta a la llamada del otro. Elección libre, sí, pero también elección que deja la libertad al otro, incluso aunque sea la libertad del rechazo. Es así como Dios actúa con nosotros y es la integralidad del amor fundado en la fe y la esperanza que supera nuestro entendimiento e incluso, en ocasiones, nuestro acuerdo.

Dios nos deja libres, y amar al prójimo es respetar por nuestra parte su libertad. Esto supone en primer lugar tomar una cierta distancia respecto a las personas de nuestra elección. Distancia que permite al mismo tiempo tomar conciencia de uno mismo y de la propia singularidad, y el reconocimiento de los demás y su singularidad. Esto supone que podamos tener hacia los demás una iniciativa gratuita que nada, en apariencia, nos obliga a realizar. En definitiva, debemos asumir nuestra integridad personal y nuestra independencia.

También el amor cristiano supone una duración, un proyecto de vida con Dios y con las demás personas. Esta elección debe renovarse cada día puesto que nos situamos en el tiempo. Las circunstancias y las personas cambian y cada día debemos adaptar nuestra mente y nuestro corazón a los demás. Nuestra libre elección debe transformarse en esfuerzo a largo plazo.

Nuestra toma de distancia, la conciencia de nosotros mismos y nuestro reconocimiento de los demás también deben construirse con el tiempo. Cada día nos preguntaremos de nuevo: ¿estoy en sintonía con Dios, con mi prójimo? Cada día nos podremos en un segundo plano, dejaremos lugar a los demás, pensaremos en sus avances, nos esforzaremos cada día más por conocerlos y reconocerlos. Así, les veremos cada vez bajo una nueva mirada. Realizaremos una renuncia constante de nosotros mismos en favor del avance de los demás.

¹¹ Cf 1Jn 4,19 y Jn 4,10 en *Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1755.

¹²Jn 15,16 en *Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1532.

Así, todo amor, toda amistad, entendidas como caridad, todo lo que nos une al prójimo en el plan de Dios es una obra constante que continuar, el compromiso en una experiencia común que no se completará sino en la medida en que logremos renunciar por completo a nosotros mismos. Así fue para Jesucristo: Él, « habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo¹³».

Entonces, intentar encontrar el amor en el Cuarto Mundo, ¡qué ridiculez! Los más pobres, ¿qué oportunidad tienen de cumplir las condiciones necesarias de integridad personal, sentimiento de seguridad, de utilidad, de dignidad y de libertad? La vida de la familia Armand nos lo grita: en el Cuarto Mundo, el amor debe construirse en la inutilidad, la angustia y la vergüenza. La persona debe construirse en la imposibilidad de creer y esperar en los demás. Debe construirse al margen de todo proyecto, sobre todo fuera de Dios, en la medida en que nadie traduce sus pobres experiencias en términos de fe, esperanza y amor de Dios.

Sin embargo, si alguien pudiera traducirlas...

Comprender la caridad de las personas más pobres

Es cierto que los gestos de caridad existen en el Cuarto Mundo en la medida en que toda persona goza de una parte de libertad. Por muy pequeña que sea, las personas del Cuarto Mundo saben construir un proyecto de amor a partir de esa parcela de libertad. Esto constituye, sin duda, la mayor de las maravillas que existen, aunque también es cierto que su libertad se sitúa a un nivel tan bajo que es necesario arrodillarse para encontrarla. Necesitamos saber reconocer lo infinitamente grande en lo infinitamente pequeño para poder maravillarnos. Es necesario introducir la miseria en nuestra mente y en nuestro corazón para entender estos gestos torpes, que enseguida fracasan y que nunca llegan a completarse para comprender y percibir lo que nos dicen de la caridad de Dios y del amor de los pobres.

Estos gestos torpes y sin alcance son habituales en la vida de la familia Armand, pero no hay que confundir las cosas. Compartir la propia comida, dar algunas monedas, para pagar la leche de las hijas o hijos de la vecina, acoger bajo el propio techo a la madre perseguida por su marido borracho, esto no deriva necesariamente del amor al prójimo. Estos actos cotidianos raras veces son gestos libres y desinteresados. Son gestos piadosos, ciertamente, pero también

¹³ Jn 13,1 en *Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1528.

gestos que realizamos porque hay que hacerlos, para conseguir un poco de paz, o porque pronto o tarde nos «aportarán» algo.

En los barrios de miseria, los hombres y las mujeres padecen demasiadas angustias y humillaciones como para obrar libremente y únicamente en función del bien de los demás. Dan porque se ven acosados permanentemente por los demás. Para sentirse acosados, no les hace falta, como nos pasa a nosotros, que les pidan. Les basta con sentir a la otra persona a su lado... Con un solo vistazo conocen las necesidades terribles de los demás y las comprenden, puesto que a ellos también les agotan constantemente. Sin embargo, también saben que no pueden hacer nada a largo plazo, que nada cambiará nunca y que para poder sobrevivir es mejor cerrar los ojos y taparse los oídos. En el Cuarto Mundo, la donación muchas veces se realiza por cansancio y también con la consciencia confusa de que nosotros también el día de mañana tendremos necesidad de pedir y, por tanto, no hay que arriesgarse a encontrar las puertas cerradas.

Sin embargo, la caridad existe, pero se sitúa en otra parte. En la vida de la familia Armand puede ser, en primer lugar y ante todo, en ese matrimonio que perdura. Puesto que estos dos seres han permanecido juntos, cuando ya nada les obligaba, cuando se les retiró a los últimos hijos y aparentemente ni uno ni otro tenían nada más que ofrecerse, nada más que decirse.

Cuántas veces, ante un hogar tan vacío de su razón de ser, brutalmente dislocado, ante padres que permanecen ahí, aturdidos, que han cedido al abandono, nos hemos dicho: «Esta vez no conseguirán mantenerse juntos.» Y a pesar de todo resisten, tanto la familia Armand como las demás, tal vez sin decirse nada pero eligiéndose de nuevo el uno al otro, en un acto mudo y desesperado. Nacerá un nuevo hijo, como signo silencioso de ese inmenso y eterno perdón que permite a las personas pobres permanecer unidas, después de los peores insultos, las peores traiciones y decepciones.

La caridad tal vez esté en ese perdón de cada día: tras los gritos y llantos, tras los insultos y los golpes, retomamos juntos la vida diaria. No hay muchos días en los que ese perdón no sea necesario e incluso indispensable, en que no sea el único medio de permanecer juntos sin destruirse definitivamente. Gracias a ese perdón los miembros de la familia Armand no se han destruido, gracias a una inconmensurable indulgencia mutua, han podido reconstruir un nuevo hogar sobre las ruinas de uno resquebrajado. El resultado ha sido también la reconstrucción de cada uno de los esposos, ya que, un día, al visitar su precaria vivienda, encontramos por primera vez un inicio de orden y armonía, cazuelas ordenadas en una estantería, el suelo barrido, flores en el patio. En este nuevo ambiente, hemos visto al Sr. Armand volver a dibujar, su verdadera pasión que

pensábamos había perdido en las inclemencias de una vida demasiado atormentada.

La caridad se encuentra, seguramente, en esta mujer corpulenta de más de cincuenta años que parecía no poder ofrecer nada más a su marido y que, cuando él está hospitalizado, camina catorce kilómetros para visitarlo. La bolsa de la familia está vacía y no habrá nada para cenar esa noche. Pero la Sra. Armand ha encontrado una manzana. Al llegar al lado de su marido, permanece muda, pero deja la manzana sobre la colcha, en un gesto inefable, como si depositara sobre la cama de hospital el regalo más precioso.

Recorrerá el camino varios días seguidos, como hacen todas las mujeres del barrio. Las hemos visto tomar el camino del hospital sin descanso, para ver a su marido, para ver a su hijo, para dejar sobre la cama del enfermo algunas golosinas que expresen lo que ya no sabemos decir. «Cuando estás lejos de mí, sé que te amo.»

Puesto que a menudo es la enfermedad o la prisión lo que permite por fin tomar distancia y también, a veces, el trabajo. Cuando los seres humanos se separan, se puede finalmente tomar un poco de distancia también mentalmente y tal vez solamente entonces se puede tomar conciencia de su amor y revivirlo. Sin duda por eso todo parece transformarse en un hogar en el que el padre se va por fin a trabajar. La madre, que no podía soportar más su presencia en la casa, le esperará por la tarde en la puerta, completamente entusiasmada y feliz. Ella, que no hacía más que gritar e insultar a su marido, dirá a su hijo: «Vete a abrazar a papá...ven a esperar a papá...ven a saludarle...»

Cada vez que Étienne Armand está hospitalizado, su mujer descubre de nuevo a su marido bajo otro ángulo. Así como él descubrirá de nuevo el amor por su mujer un día en que ella se retrasará al regresar de hacer unos trámites en París. Él nos repetía a menudo: «¡Ah! ¡Renée, es muy molesta! Para ella no pinto nada, ella lo dirige todo.» Aquel día estaba pálido por la preocupación y se fue en bicicleta, bajo la lluvia, incluso paraba a los coches que pasaban para saber que no le había pasado nada a su Renée.

La caridad también se encuentra en esa carta que me mandó un día el Sr. Armand y que decía lo siguiente: «Le pido una ayuda urgente para mi hija Ginette, pues el domingo vamos a verla y para el pasaje de ida no hay problema, tengo dinero, pero no así para el regreso. No tengo palabras para agradecerse de antemano en nombre de mi hija.» Ginette no es hija del Sr. Armand, pero, delicadeza extrema, nadie lo ha sabido durante mucho tiempo. Aún hoy, a sus veintidós años la joven discapacitada mental no deja de hablar de su papá: «Dónde está mi papá, vamos a ver a papá, vuelve papá....»

Lo que nos maravilla sobre todo es esta manera que tiene el amor de las personas pobres de renacer, de resurgir aparentemente de la nada, sobre escombros, a la mínima tregua, a la mínima ocasión. La Sra. Armand ha aprovechado la ocasión cuando por fin, y tras innumerables trámites, le devolvieron a su hija Ginette. El regreso de una hija cuya partida había significado una derrota para ella es como si se restableciera su honor. Considerada retrasada mental por los servicios sociales, encuentra de pronto gestos de madre experta, y no se cansará de decir: «Yo, yo conozco a mi hija, yo soy su madre.» Ha cambiado su comportamiento, presta más atención a su vestimenta. Los gestos que ha vuelto a descubrir con su hija también los descubre con su marido, le toma la mano cuando se enfada, le fuerza a acostarse cuando el asma le ahoga.

El Sr. Armand también ha aprovechado la ocasión para asumir un amor de padre. Ha sufrido algo insoportable, porque esta hija discapacitada mental, ya mayor, que avanza en el calor del hogar encontrado de nuevo, resulta también insufrible para los padres. Lo toca todo, rompe todo, no para de molestarles. Étienne Armand se arma de paciencia y se calla. Sigue siendo su hija. Todo lo más dirá un día u otro: «¡Ah!, mi hija no es nada fácil, es terrible.»

Sin embargo, como sucede a menudo en los barrios de miseria, el mayor esfuerzo de amor se convierte, antes o después, en fracaso. La familia Armand tenía una vieja máquina de escribir que había estado mucho tiempo sobre la mesa de la cocina. Recuperada de un basurero, casi inutilizable, proclamaba por así decirlo que Étienne Armand era un hombre que sabía leer y escribir. Cuando su mujer, que no sabía, se lo pedía, intentaba redactarle cartas que terminaba escribiendo a mano; cartas a la Seguridad Social, a la Asistencia Social para la Infancia o a las familias de acogida de sus hijas e hijos internos. Un día, a Ginette se le cayó la máquina de escribir, símbolo de la dignidad del padre y se partió en dos. Ese día, estalló. Le pegó a la joven, insultó a su mujer. Entonces se dirigió precipitadamente a la trabajadora social para pedir que Ginette volviera al hospital.

Esa misma noche, lo encontré ahí, sentado al lado de su mujer que lloraba. Como resignado, me dijo: «Qué quería usted, queríamos que nuestra hija estuviera en casa, pero esto no podía durar». Todo el amor que habían intentado reconstruir Étienne y Renée Armand esa noche parecía nulo y sin efecto. Ciertamente no a los ojos de Dios, sino a sus propios ojos y a los de quienes les rodeaban. Para la familia Armand, como para la familia Beauchamp o la familia Martin que han alimentado nuestra anterior meditación, para todas las familias de nuestros barrios de miseria, la cuestión se vuelve a plantear: ¿iremos a compartir sus vidas para poder revelar que lo que viven es el amor? ¿Les

diremos que Dios les espera en primer lugar, porque pueden comprender mejor que nadie lo que quiere decir construir su Reino?

A modo de conclusión: una política de la magnificencia

El Cuarto Mundo, ¿un mundo de fracaso perpetuo o de eterno recommienzo? Es cierto que la fe permanece muda y oscura, que la esperanza se convierte en ilusión, es cierto que el amor no puede construir a la persona y al futuro, pero ¿por qué? ¿Será porque las personas acomodadas, acaudaladas, hacen perdurar una relación de fuerzas desigual? ¿O porque los creyentes no se apresuran lo suficiente para ir a revelar sus fuerzas a los más pobres?

Nosotros, las personas creyentes, los privilegiados, sabemos que todo amor humano culmina en Dios, que Dios todo lo puede y que por Jesucristo nuestro amor, nuestra fe y nuestra esperanza todo lo pueden. También sabemos que Jesús se identificó en primer lugar con la fe de los humildes, con la esperanza de los más pequeños y con la caridad de las personas más pobres. ¿Quién se atreverá a cuestionar que a las familias que viven la extrema pobreza en nuestro tiempo no se les pueda calificar como humildes, como los más pequeños, como los más pobres? ¿Quién se atreverá a decir que no son estos hombres y mujeres que padecen hambre, que están desnudos, que están en la cárcel, que sufren la injusticia y de los que Cristo dijo: «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos pequeños, a mí me lo hicisteis¹⁴»?

Nosotros, las personas creyentes sabemos esas cosas, pero las familias del Cuarto Mundo no tienen educación. Ellas sufren penas y hacen maravillas y luego caen en un sufrimiento total. Aún cuando una persona del Cuarto Mundo tenga a bien creer que Jesucristo ha muerto por las personas, no puede creer que ha muerto por ella. Siempre cree que es por los otros, por todos los demás, pero seguramente no es por ella. No sabe que Dios la ha amado en primer lugar y que Dios ama a través de sus amores. No sabe nada de todo esto y todo lo que vive en el mundo le indica lo contrario. Sin embargo, mientras no lo sepa, la obra de Cristo estará incompleta y nosotros mismos no veremos el Reino.

Así, me parece que nuestra meditación de cuaresma, que se nutre de la vida de las familias que sufren la miseria, abre el camino para el único proyecto digno de nuestra fe y de nuestra Iglesia: el de aproximarnos al Cuarto Mundo y delegar emisarios que vivan esta realidad ante este pueblo. «Yo os he elegido¹⁵, os he amado en primer lugar. Amad en mi nombre.»

¹⁴ Mt 25,40 en *Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1426.

¹⁵ Cf Jn 15,16 en *Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1532.

Vivir con el Cuarto Mundo para señalar a las familias que ya son parte integrante del propósito, de la voluntad y de la fidelidad inmutable de Dios: en esta perspectiva y con la voluntad de que las personas más pobres vayan por delante, los cristianos pueden comprometerse en las luchas políticas, sociales y sindicales de su elección. La justicia de Dios no es únicamente algo reservado para un más allá sin que nosotros podamos hacer otra cosa que esperar. Dios quiere que construyamos la justicia y la paz, la unidad entre las personas en nuestro mundo y en nuestro tiempo. Jesucristo no es apolítico. Su vida, su muerte y su resurrección tuvieron un propósito, una política y un programa para la humanidad. Él se hizo un hombre pobre, hermano de los más humillados y nos ha emplazado a seguirle entre la muchedumbre de miserables: «Id por las calles, por los caminos apartados..., id y anunciad a los más pobres la Buena Noticia, que son bienaventurados.» Se trata de un proyecto integral, social, político, cultural y espiritual que nos propone el Señor. Una política y un programa no de ayuda, de asistencia o de beneficencia, sino de práctica de la magnificencia hacia las personas más desfavorecidas.

En virtud de una política que pone a los más pobres en primer lugar, en todas nuestras luchas, Cristo nos emplaza a dejar a nuestro padre y nuestra madre. En virtud de la justicia que son los primeros en instaurar en el mundo, Jesús nos propone entregar para ello nuestra vida. No nos propone darla un poco o la mitad, sino ofrecerla por completo. El Hijo de Dios ha dado su vida por toda la humanidad pero sobre todo y en primer lugar por los más excluidos: por las personas leprosas, las endemoniadas que se refugian en las cuevas, las personas paráliticas, las personas más indefensas entre todos los lisiados, las personas ciegas que mendigan a las puertas del Templo. Esta era la magnificencia de Dios que subvirtió y que seguirá subvirtiendo el orden de la justicia en el mundo.

¿Seremos nosotros esos fieles servidores capaces de transformarnos en «madera de la Cruz» sobre la que se puedan encaramar las personas más pobres, por encima de toda la humanidad, para declarar al mundo que son hijas e hijos bien amados de Dios?

«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.»¹⁶(Jn, 13,1)

«Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: ‘Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros’ (...); De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: ‘Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros’¹⁷.» (Lc 22, 19-20)

¹⁶ Jn 13,1 en *Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1528.

¹⁷ Lc 22,19-20 en *Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1532.

«Haced esto en recuerdo mío¹⁸.» (1 Co 11,24).

¹⁸ 1Co 11,24 *en Biblia de Jerusalén*, o.c pág 1644.